Humanae vitae, cuarenta años después

POR CARLO CARDENAL CAFFARRA

Reflexionar en la actualidad sobre la encíclica *Humanae vitae* pareciera haber llegado a ser «pasado de moda». Por lo que a mí me consta, al cabo de años de encendido debate dentro y fuera de la Iglesia, hoy parece haberse producido un gran silencio. ¿Cómo interpretar este hecho? ¿Tiene sentido aprovechar el actual aniversario para reabrir una reflexión rigurosa sobre la doctrina de la encíclica? ¿En qué términos y en qué contextos?

Obviamente, no quiero responder a todas estas preguntas; pero desearía, por así decir, abordarlas «por detrás».

Planteamiento del problema

Limito mi reflexión a la condición de Occidente, y comienzo a hacerla preguntándome cuál es la actitud cultural hacia la *Humanae vitae*.

En los primeros veinte años después de la publicación, la reflexión y/o el debate tenían relación con la posibilidad de poner en práctica la norma moral enseñada por *Humanae vitae* y el carácter autorizado de la enseñanza. En dicho contexto se elaboró la teoría de la gradualidad de la ley, progresivamente apoyada por las teorías éticas del consecuencialismo y el teleologismo. Históricamente, el debate sobre *Humanae vitae* fue adquiriendo progresiva y lógicamente cada vez mayor profundidad, llegándose a la elaboración de teorías éticas de las cuales surgía una interpretación del texto que negaba el carácter incondicional de la norma enseñada en el mismo.

La gran encíclica *Veritatis splendor* de Juan Pablo II nació de este contexto.

El otro aspecto del debate que caracterizó los primeros veinte años era de carácter eclesiológico: precisamente, la competencia del Magisterio para enseñar con autoridad normas morales que el mismo dice ser propias de la ley natural, y el grado autoridad con que el magisterio enseña lo que expresa en *Humanae vitae* .

Este enfoque de *Humanae vitae* consideraba indiscutible o en todo caso no cuestionable la verdad de lo que prescribía la encíclica, o mejor dicho, el bien defendido por la norma se consideraba bien verdadero.

EN LOS PRIMEROS VEINTE AÑOS DESPUÉS DE LA PUBLICACIÓN, LA REFLEXIÓN Y/O EL DEBATE TENÍAN RELACIÓN CON LA POSIBILIDAD DE PONER EN PRÁCTICA LA NORMA MORAL ENSEÑADA POR *HUMANAE VITAE* Y EL CARÁCTER AUTORIZADO DE LA ENSEÑANZA.

Precisamente en este nivel se produjo la «crisis de la *Humanae vitae*» en los veinte años siguientes. Me explico.

La materia del debate ya no es la posibilidad de poner en práctica la norma enseñada y la obligatoriedad del asentimiento del creyente ante la misma en razón del sujeto docente. La materia del debate está constituida por la pregunta sobre la verdad del bien que *Humanae vitae* se propone defender, es decir, ¿es verdad o no que la conexión entre capacidad unitiva y capacidad procreativa, unidas en la sexualidad, constituye un bien propiamente moral? Se pasa de pensar: «lo que la Iglesia enseña no se puede poner en práctica o en todo caso no obliga semper et pro semper», a pensar: «lo que la Iglesia enseña es falso». La pregunta sobre la verdad es el aspecto problemático central en la actualidad.

¿Cómo se llegó a esta radicalización de la confrontación? ¿Cómo puede ubicarse hoy la Iglesia dentro de este contexto? Procuraré responder estas dos preguntas en los próximos dos puntos de mis reflexiones.

LA MATERIA DEL DEBATE ESTÁ CONSTITUIDA POR LA PREGUNTA SOBRE LA VERDAD DEL BIEN QUE *HUMANAE VITAE* SE PROPONE DEFENDER, ES DECIR, ¿ES VERDAD O NO QUE LA CONEXIÓN ENTRE CAPACIDAD UNITIVA Y CAPACIDAD PROCREATIVA, UNIDAS EN LA SEXUALIDAD, CONSTITUYE UN BIEN PROPIAMENTE MORAL?(...)

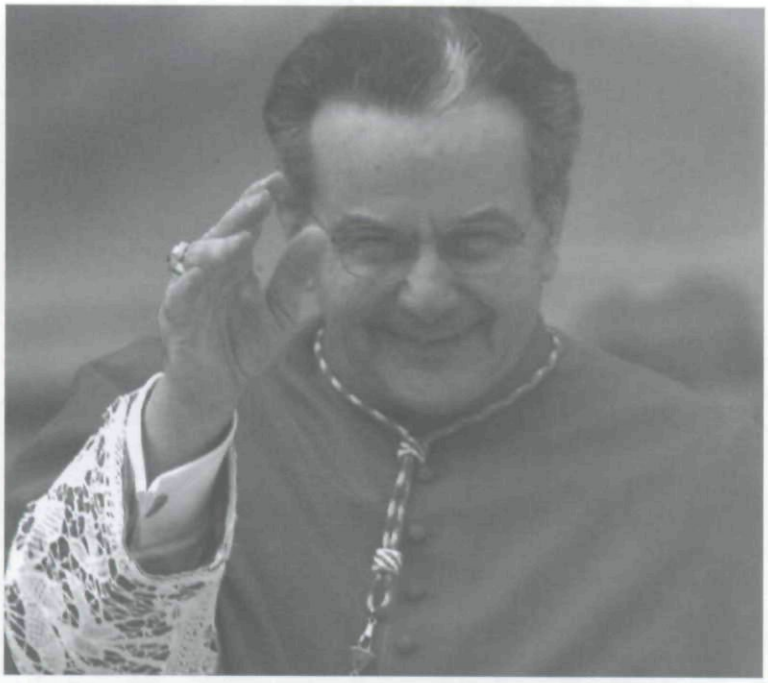
El itinerario hacia la radicalización

La radicalización de la confrontación con *Humanae vitae* es uno de los numerosos aspectos de la confrontación que vive en la actualidad la propuesta evangélica con la postmodernidad occidental.

Ésta ya no se produce, al menos de manera principal, en el plano de la práctica: ¿es razonable o posible seguir lo que exige o prohíbe la propuesta cristiana? ¿Se observa de hecho en la práctica la propuesta cristiana?

El choque tiene lugar en el plano de la verdad. El cristianismo supuestamente no dice la verdad sobre el bien el hombre. Se encuentra en el mismo plano de todas las demás propuestas religiosas; forma parte con el mismo derecho del «supermercado de las religiones»; cada uno toma el producto de acuerdo con sus preferencias, sin posibilidad de una argumentación razonable susceptible de ser compartida. La propuesta cristiana no tendría, porque no puede tener, posibilidad de estrechar lazos de amistad con la razón. La pregunta «¿Es el cristianismo una religión verdadera?» se considera dotada de tanto sentido como la pregunta «¿De que color es una sinfonía de Mozart?». Verdad y cristianismo serían dos categorías de un género esencialmente distinto.

No quiero, en todo caso, entrar ahora en una reflexión de carácter general, sino más bien desearía verificar de qué manera todos los presupuestos de carácter antropológico vinculados con la verdad que están en la base de *Humanae vitae* se han corroído progresivamente. Esta erosión no ha hecho impracticable, sino impensable *Humanae vitae* , es decir, ha demostrado la (¡supuesta!) falsedad de la misma.



Cardenal Caffarra, Arzobispo de Bolonia (Italia).

(...) SE PASA DE PENSAR: «LO QUE LA IGLESIA ENSEÑA NO SE PUEDE PONER EN PRÁCTICA O EN TODO CASO NO OBLIGA SEMPER ET PRO SEMPER», A PENSAR: «LO QUE LA IGLESIA ENSEÑA ES FALSO». LA PREGUNTA SOBRE LA VERDAD ES EL ASPECTO PROBLEMÁTICO CENTRAL EN LA ACTUALIDAD.

«No puedo pensar que la Iglesia siga enseñando la *Humanae vitae*», me decía una persona. Subrayo «no puedo pensar».

Sustancialmente, la afirmación central de *Humanae vitae* se basa en la (percepción de la) presencia de un bien moral en el hecho de ser el acto sexual conyugal fértil al mismo tiempo unitivo y procreativo. La presencia de ambas condiciones no es un mero dato de hecho, sino que en ella hay una preciosidad de carácter ético que exige ser respetada.

Este acto de inteligencia se basa en algunos presupuestos antropológicos que debo citar en forma puramente telegráfica.

El primero. La persona humana es sustancialmente una en su composición de materia y espíritu («corpore et anima unus», dice el Concilio Vaticano II hablando del hombre). Por lo tanto la relación ente el yo-persona y el cuerpo no es puramente de uso.

El segundo. La dimensión biológica de la sexualidad humana es lenguaje de la persona, dotado de su propio significado, de su gramática. Si el beso de Judas nos perturba tan profundamente es porque el gesto de besar tiene su propio significado y llevarlo a cabo dándole otro sentido se advierte como algo inmoral y reprobable.

El tercero. La gramática que rige el lenguaje de la persona que es la sexualidad es la gramática del don de sí mismo. De ahí se desprende

que el respeto de esta gramática exige una profunda e íntima integración entre el *eros* y el ágape, entre pathos, *eros* y logos.
Ahora bien, mi convicción es que estos tres presupuestos se han corroído totalmente en la actual la postmodernidad occidental.
El primero se ha demolido en una doble dirección: o una naturaleza sin libertad o una libertad sin una naturaleza. Ha sido un proceso sumamente complejo en el cual ha habido tanto una progresiva reducción de la libertad y la espontaneidad como una visión de la persona de tendencia materialista.
El segundo se ha demolido en la victoria de la ética utilitarista, que niega la existencia de motivos incondicional y universalmente capaces de justificar una elección libre y reprobar la opción contraria. Todo llega a ser justificable en el ámbito del ejercicio de la sexualidad siempre que sea libremente deseado.
El tercer presupuesto resulta ampliamente demolido en la vivencia actual en la cual pathos, logos y ethos se encuentran totalmente separados. Éste es el nudo que la ética contemporánea demuestra ser cada vez más incapaz de desatar.
Termino este segundo punto. En el mismo se ha sostenido la siguiente tesis: *Humanae vitae* ha llegado a ser incomprensible en la postmodernidad por haber llegado a ser totalmente impensable.

LA CONDICIÓN EN LA CUAL SE ABORDA HOY LA ENSEÑANZA DE *HUMANAE VITAE* ES SEÑAL DE UN DESAFÍO MUY FUERTE LANZADO POR LA POSTMODERNIDAD OCCIDENTAL A LA IGLESIA. ESTE DESAFÍO PLANTEA QUE EL HOMBRE PUEDE VIVIR BIEN, Y DE HECHO MEJOR SI VIVE «COMO SI DIOS NO ESTUVIERA PRESENTE». ES EL DESAFÍO DE QUIENES RECHAZAN LA PROPUESTA CRISTIANA DE SALVACIÓN POR CONSIDERARLA FALSA O INNECESARIA O SUJETA A OPINIONES BASADAS EN LOS GUSTOS DE CADA UNO.

La misión de la Iglesia hoy

La condición en la cual se aborda hoy la enseñanza de *Humanae vitae* es señal de un desafío muy fuerte lanzado por la postmodernidad occidental a la Iglesia. Este desafío plantea que el hombre puede vivir bien, y de hecho mejor si vive «como si Dios no estuviera presente». Es el desafío de quienes rechazan la propuesta cristiana de salvación por considerarla falsa o innecesaria o sujeta a opiniones basadas en los gustos de cada uno.
El «tratamiento» que está experimentando el matrimonio en la sociedad occidental es al respecto característico. En este sentido hablaba de la condición de *Humanae vitae* como un test sumamente significativo.
Pienso que la misión de la Iglesia debe ejercerse en dos planos.
El primero está constituido por la atención pastoral a los cónyuges que viven el Evangelio del matrimonio. En esta tarea es preciso preocuparse sobre todo de educar a los cónyuges cristianos en el juicio de la fe. Por juicio de la fe entiendo el acto de la razón iluminada por la fe mediante el cual comprendo en profundidad y evalúo lo que está ocurriendo hoy. Es precisamente lo que escribe el Apóstol: «No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente de forma que podáis distinguir cuál

es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rm 12, 2). El Apóstol vincula la capacidad de discernimiento –lo he llamado el «juicio de la fe»- a un enfrentamiento crítico entre la mente, el modo de razonar del creyente y el modo de razonar de este siglo.

Estoy cada vez más convencido de que una de las debilidades o enfermedades más graves que padece el cristiano que vive en la postmodernidad occidental es la debilidad de juicio. Suelo escuchar con cierta frecuencia decir a cristianos: «Yo no procedo de ese modo, ¿pero por qué impedir a otro hacerlo?».

El segundo plano en el cual pienso que es preciso ejercer la misión de la Iglesia es precisamente en el pensamiento, en la reconstrucción de una verdadera antropología como base razonable de una doctrina matrimonial. Los debates que están produciéndose hoy en nuestras sociedades occidentales sobre una redefinición de la institución matrimonial demuestran de qué manera la confrontación se da sobre todo en el plano del pensamiento.

Permítaseme entonces hacer algunas proposiciones concretas.

- Que el Pontificio Consejo Para la Familia, de acuerdo y en cooperación con la Congregación para la Educación Católica, programe un encuentro al cual se invite a los Presidentes de las Facultades de Teología, Filosofía, y Ciencias Sociales con el fin de elaborar una verdadera programación cultural en torno a los temas anteriormente esbozados.
- Que el Pontificio Consejo para la Familia solicite a la Congregación para la Educación Católica verificar en qué condiciones se aborda hoy la enseñanza de la doctrina del matrimonio, no sólo la doctrina teológica.
- Que se introduzca como hábito un seminario anual de estudio, rigurosamente reservado a varios expertos, y distinto del Plenario, en el cual se aborde un tema considerado de urgencia e importancia capital. El seminario puede ser administrado directamente por el Pontificio Consejo o puesto en manos de Institutos de investigación existentes en algunas diócesis, pero siempre bajo la responsabilidad del Pontificio Consejo.

El gran desafío que el magisterio de Benedicto XVI está lanzando -reconstruir el pacto de amistad entre la fe y la razón- constituye el aspecto central y crucial de la evangelización actual. La condición abordada por *Humanae vitae* también demuestra esto ampliamente.

EL SEGUNDO PLANO EN EL CUAL PIENSO QUE ES PRECISO EJERCER LA MISIÓN DE LA IGLESIA ES PRECISAMENTE EN EL PENSAMIENTO, EN LA RECONSTRUCCIÓN DE UNA VERDADERA ANTROPOLOGÍA COMO BASE RAZONABLE DE UNA DOCTRINA MATRIMONIAL. LOS DEBATES QUE ESTÁN PRODUCIÉNDOSE HOY EN NUESTRAS SOCIEDADES OCCIDENTALES SOBRE UNA REDEFINICIÓN DE LA INSTITUCIÓN MATRIMONIAL DEMUESTRAN DE QUÉ MANERA LA CONFRONTACIÓN SE DA SOBRE TODO EN EL PLANO DEL PENSAMIENTO.

Copyright of Humanitas (07172168) is the property of Humanitas -Centro de Extension de la Pontificia Universidad Catolica de Chile and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.